



Seix Barral

Diamela Eltit

Falla humana





Seix Barral Biblioteca Breve

Diamela Eltit

Falla humana

I. NO SE PUEDE DORMIR

Soy la búha guardiana de la cuadra. La búha que relatará las partículas de la noche. Lo imposible rompió su límite y me enfrentó a una cadencia temporal regida por la incertidumbre. Sé cómo dar vueltas las horas y lo haré, sí. Todo ya fue escrito. Me volcaré a interrumpir y a trastocar las ordenanzas para que el sol y su artificio lumínico adquirieran un nuevo protagonismo y se desencadene, en medio de la luz, la ruta sagrada del sueño. Ya sé que los choferes de los camiones de basura se preparan para cumplir la orden de realizar la deportación nocturna de cada uno de los habitantes. Así lo ordenó el Directorio de la Compañía luego de determinar que los vecinos de la última cuadra ocupan un espacio (un tenue milimétrico indetectable fragmento de la tierra del mundo) que, aseguraron, arruina y anula la fortaleza de la totalidad del prestigio geográfico. La Compañía se precipitó a proyectar allí un edificio diseñado para realzar el lujo de sus socios. Dijeron que la falla de esos cuerpos

era inadmisibles. La Compañía afirma que la cuadra degrada el suelo, dijeron que les genera un fracaso sectorial estrepitoso. Dijeron que debían sacarlos en la mitad de la noche, en esas horas en que la circulación está suspendida. Dijeron que el tiempo ya se había excedido.

Yo tengo la obligación de demorar la entrada de los camiones, detenerlos, capturarlos y cautivarlos. Necesito ponerme en guardia, iniciar un prolijo estudio que me permita internarme en la vorágine de lo inesperado. Es urgente emprender una tarea que atraviese la física para que mi condición búa se extreme hasta producir un intervalo en la noche. Sí, una ruptura. Y, durante ese intervalo, generar, para los choferes, una página nueva que les resulte ineludible y pueble sus mentes hasta olvidarse de ellos mismos y se detengan. Sí, sí, necesito que apaguen los motores para que ingresen a mis imágenes (prendidos al intervalo) y olviden los mandatos recibidos.

Conseguiré que los choferes de los camiones afinen sus oídos, desborden la imaginación hasta enamorarse de la cuadra que produciré para encapsularlos a la noche. Lo conseguiré, lo sé, pues me protege la sabiduría de mi condición milenaria. Será así porque mi especie pájara le habla de manera incesante a la oscuridad de los tiempos, sin pausa alguna, erigida desde la altura, relevando la reconocida y misteriosa magnificencia que portan los árboles.

Ellos van a internarse en mis historias con los motores apagados para que después, exhaustos, duerman su día. Debo detenerlos. Sí, una noche, una y otras noches más. Ya la cuadra sobrevivió más de mil noches, pero el deseo ávido se desencadenó y el desalojo de la cuadra se transformó ahora en el único objetivo.

Cada noche será una página de vida.

Y otra.

Las noches.

Yo.

Bidimensional.

La búha página.

Se precipitaron multitudes de imágenes superpuestas para incrustarse directamente en mi ojo. Las imágenes se sumaron pero, a la vez, se condensaron. Después se volvieron imperceptibles. La decapitación de la luz cambió el orden del mundo y se abrió a su paraje más oscuro hasta generar la aureola de un realismo gótico popular.

Sucedió.

Tengo que relatar los cuerpos o intensificar la oscuridad para precaver la cuadra ante la tragedia que se avecina, pero los rostros, las alturas, los caracteres se modifican una y otra vez. Parece urgente transformar la tendencia homicida de la noche y, ante el advenimiento del alba, yo tengo la obligación de ingresar de un picotazo a las (últimas) veinte casas para evitar que la disolución de la penumbra propicie la decapitación de los cimientos. Me acomodo en la rama más poderosa de un misterioso baobab. Lo hago de manera lenta y cómoda.

Ocupo la rama. Ya estoy totalmente resguardada en el interior del resquicio que me asigné. Me instalo en el árbol de manera arcaica, imperceptible al dolor. Me siento invadida por la experiencia ingrátida de un desplazamiento debido al sorprendente efecto visual de un prisma de colores leves que augura la certeza de extender la vida de la cuadra. Noche a noche. Sí, expandirla para los (últimos) habitantes (todos los vecinos insomnes, afectados por la falta de sal). Tengo que conseguir una página de vida. Una página más y una noche. Sí, una noche y una página, una. La cuadra entera.

Mediante un sortilegio que conseguí realizar gracias a la antigua huella del benéfico efrít ceremonial que me habita, intensifico en mí a la búha protectora que acumula, en el fondo ampliado de sus ojos, pedazos de relatos, huellas de pisadas, vacíos, blancos, grietas, hablas, encuentros, memorias. Es necesario producir una perfecta integración de algunos sucesos (de la vida, de la vida), unirlos, decorarlos, repararlos, sostenerlos, para recubrir con ellos las noches. Necesito poner la temible ambigüedad del tiempo en espera, los mil días que ya transcurrieron, las más de mil noches, suspenderlas y ahuyentar la codicia. Lo dictaminé así debido a la decisión (motivada por un halo aniquilador) que habían tomado los dueños de la Compañía. La tarea de la deportación de la cuadra la dictaminaron después de la realización de una

serie de asociaciones constituidas desde una flagrante ilegalidad.

Entregada a mi devoción por la noche, volé hasta el árbol que se enclava en uno de los perímetros indetectables de la cuadra. Me establecí con mis ocho dedos garras en lo alto del tronco para destacar la belleza de mis plumas que ofician como orejas. Me dediqué a realzar la auténtica pose búha conseguida a través de la materialización de un sortilegio de mí, en mí misma. Me propuse jugar con los designios que dominan cada una de las vidas debido a la pereza que provoca la repetición que asola a los siglos.

Ahora tengo la obligación de alterar las condiciones asignadas y desplegar una velocidad supersónica para buscar una tregua y diferir así la noche del oprobio. Para conseguir la tregua, retrocedí tiempos o los actualicé o los mezclé para internarme en los laberintos de la inteligencia artificial mediante la captura inalámbrica satelital infiltrada en mi memoria RAM.

Los cuerpos que ocupan las veinte casas se restituyen al integrarse parciamente en mí y vuelven a habitarse a ellos mismos. Aparecen agudos o hábiles o temerosos. Incisivos. Proclives a la sobrevivencia. La oscuridad interceptada por el reflejo brillante de mis ojos se despliega a su manera para preparar la posibilidad de una suma de noches definitivas. Una a una. Las noches. Trepada en el

árbol recibo la extensa, común, sensible historia de la cuadra. Tengo que actuar sus gestos más repetidos, refugiada siempre en la cautela y en la distancia emocional que debo mantener para que la oscuridad se vuelva benigna y no los derrote. Debo medir cada suceso, cada imagen, sopesar las presencias, precaver mis debilidades y evadir la abulia. Necesito, especialmente, exacerbar mi conocida, abundante, rígida sensibilidad nocturna (yo soy una búha melancólica). Mi tarea es derribar las intensas sensaciones de desamparo que me acechan porque ahora debo transitar una perenne obligación a la noche y el deber depredador de cazar historias y deglutirlas. Nutrirme de historias.

Mi destino es sostenerme erguida en la rama más segura del baobab como la pájara que precave la decapitación. Sé que es imprescindible arriesgarme al caos y aun al posible o al inevitable fracaso. Entiendo que mi deber consiste en vaciar la basura de mi sistema (nervioso) para potenciar mi propia memoria.

Soy una búha de ojos anaranjados y, en muchas ocasiones, amarillos. Atrapo velozmente los fragmentos conseguidos después de ejecutar feroces picotazos a mi propio cerebro. Uno y otro. Uno y otro. Todo parece inverosímil. Caótico. Tengo la cabeza grande y eso produce una mezcla de admiración y burla, pero es la historia enigmática de mis ojos, la visión, el movimiento de mi cabeza desproporcionada, lo que me permite retardar o

desplazar el final definitivo de la (última) cuadro. Acepto la constancia del peligro (de muerte) que me acecha, la zozobra de una alergia cutánea que habita debajo de mis plumas y puedo vislumbrar, sin terror alguno, la forma común de la caída.

Las sombras más destructivas están parapetadas entre las ramas de un conjunto preciso de árboles controlados por un agente que le pertenece a la Compañía, la más poderosa de todos los tiempos. Su autoridad se retuerce, gira, se remodela. Oprime. Ciega. Destruye. La noche me pertenece. Es mi dominio y mi territorio. Se implementa mientras circula con una precipitación avasalladora el aviso de lo que se avecina. Tengo que volcarme a escenificar los modos, los pasos, los pensamientos de los vecinos, sus deseos.

En cada ojo tengo tres párpados.

Tengo setenta grados de visión binocular.

El tercer párpado es mi preferido.

Tengo, sí, sí, tres párpados.

Mil. Dos mil años. Más todavía.

Tengo una genética portentosa.

Mi cabeza gira hasta doscientos setenta grados.

Gira debido a las siete vértebras adicionales en mi cuello.

Soy una búha enigmática.

Solitaria.

Silenciosa.

Ellos todavía no me cazan.